

El duelo y la niñez. Más allá de las fronteras del Psicoanálisis

Lidia T. Scalozub

“En el duelo... la depresión constituye un mecanismo curativo; cubre el campo de batalla con una especie de neblina, permitiendo un ordenamiento A RITMO LENTO, DANDO TIEMPO¹ a que las defensas posibles entren en liza y dando asimismo tiempo a una preelaboración, de manera que A LA LARGA² pueda producirse una recuperación espontánea”.

D.W. Winnicott (1954-55)

El psicoanálisis de niños, ha surgido históricamente como una ampliación del Psicoanálisis –“ciencia joven”, en su momento. A partir de la cual ciertas “aplicaciones” al juego del niño, desarrolladas luego como técnica, como lo hiciera brillantemente M. Klein, propiciaron el conocimiento del psiquismo infantil. Fue el juego, entonces, otra “vía regia” de acceso al inconsciente, dando lugar a descubrimientos que fueron a su vez, ampliando las fronteras del conocimiento psicoanalítico.

Es así que el Psicoanálisis ha sido objeto de importantes desarrollos y ha tenido en su historia, importantes diálogos con el arte. Freud, Klein y otros muchos pensadores psicoanalíticos, han hecho sus acercamientos y análisis con obras de la plástica, la escultura, la literatura, el cine, etc.

Por otra parte como psicoanalistas, no somos espectadores

¹ El destacado es mío.

² Idem anterior.

ingenuos, ya que las más de las veces, se filtra en el acercamiento a una obra, nuestro entendimiento específico.

Por ello he intentado desarrollar en este trabajo algunas ideas, en el análisis de una producción cinematográfica que trata el duelo en una niña de 4 años.

Así, me propongo el abordaje de una problemática que considero aún oscura: la elaboración del duelo en la niñez. Se me impone pensarla tomando en cuenta la articulación del duelo con la estructura infantil. Surge así una diferencia insoslayable entre los niños de la primera infancia (*infans*, “el que no habla”) y los niños poseedores de lenguaje, sin que ello implique una demarcación cronológica, aunque de algún modo esté implícita.

Deseo también destacar las cualidades singulares del dolor psíquico y el duelo, en el funcionamiento mental infantil, así como los mecanismos defensivos desarrollados para protegerlo.

Me ocuparé luego del lugar del niño en la trama vincular familiar y su relación con la ausencia.

UN DUELO, UNA NIÑA ... UNA PELICULA

Voy a tratar el tema del duelo en los niños, aproximándome al análisis de una película de Jacques Doillon, cuya protagonista, Ponette (Victoire Thivisol), es una niña de 4 años. Intentaré desarrollar, desde la óptica del psicoanálisis de niños, algunas ideas que he estado trabajando en relación al duelo en la niñez.

La película a lo largo de su desarrollo, plantea los distintos avatares por los que pasa esta niña después de la muerte sorpresiva de su madre en un accidente automovilístico.

Deseo destacar el valor del sistema defensivo que suelen desarrollar los niños frente a una pérdida significativa. Pienso que la noción de ausencia definitiva que implica la muerte, no puede ser aprehendida por un niño, si no media un trabajo psíquico que requiere ser sostenido. La película nos muestra la distinta gama de los mecanismos defensivos puestos en marcha.

En primer término observamos una actividad autoerótica (succión del pulgar) y un marcado retraimiento afectivo. Otros mecanismos defensivos, tales como la negación y la desmentida, los encontramos expresados en una escena en la que Ponette viaja en el auto con su padre, ella quiere sacar la cabeza por la ventana, el

padre no lo permite. Ella le dice: “Si fueras más despacio podría hacerlo”; él le responde que es cuidadoso, “no como la estúpida de tu madre”, “conmigo no te hubieses lastimado”. A lo que Ponette contesta: “yo *no* estoy lastimada”, mientras la cámara enfoca su brazo enyesado y luego: “mi madre no *es* estúpida”. Usa el tiempo presente, desmintiendo así su desaparición.

Evidentemente el padre, que también está involucrado en el dolor de esta pérdida, no puede ser un buen sostén para Ponette en ese momento. Esto se ve en una escena posterior cuando le hace jurar a Ponette que no morirá y le pide que escupa.

Escupir: ¿ritual? ¿conjuro? Modo de expulsar la idea de la muerte. ¿Alejarla de ellos? Ella también le pide a su padre un juramento semejante, y le pregunta: “¿quieres que te consuele?”. Efectivamente, como dije antes, si el adulto está afectado por esa pérdida, la función de sostén puede invertirse, y el niño verse forzado a “dar consuelo”.

El postular la importancia de que los adultos significativos a cargo del niño den sosten en él a las defensas que desarrolla, está vinculado con la idea de que ellas darán el *tiempo*, variable insoslayable, para que el trabajo del duelo se ponga en marcha.

La niña tiene desde el principio “a Yoyote”, su objeto transicional, que la acompaña todo el tiempo. Es eso lo que le pide el padre, su Yoyote, cuando él se ausenta, dejándola en casa de unos primos, pero ella se niega a dárselo y en cambio le da un oso.

El padre le deja su reloj, su objeto favorito dice, para que escuche su tic tac cuando esté triste, “es como el latido de mi corazón”.

Reloj: ¡doble símbolo de vida!, marca el transcurrir del tiempo, que no se detuvo como para la madre al morir. El tiempo como elemento ineludible para que el proceso de duelo se instale y desarrolle. El tic tac que marca el latido, otra alusión a la vida y en este caso, si el tiempo se puede medir, transcurre y hay latido, la ausencia no es definitiva, es sólo transitoria.

Ella se chupa el dedo, huele el cuero de la pulsera del reloj y escucha el tic tac, *espera...* Ponette espera munida de su objeto transicional, del reloj cuya pulsera de cuero huele y cuyo tic tac escucha.

Y es aquí donde la película empieza a mostrar los avatares del interjuego presencia-ausencia. Ponette dice que su madre *vino* por la noche a jugar con ella, que *vive* en el cielo, en un lugar con

castillos de colores, “ahí *vivimos* las dos”. “De noche estoy con mamá y de día aquí con ustedes”, les dice a los primos con los cuales se enoja porque no le creen. ¿La sueña?, ¿la ensueña? o ¿simplemente sostiene a ultranza la desmentida de su ausencia?

En el punto en el que los mecanismos defensivos juegan su papel ante las pérdidas, entran a tallar las creencias. La tía de Ponette le cuenta la historia de Jesús, diciéndole que volvió a la vida, lo cual alimenta en la niña la ilusión de que con su madre pase lo mismo. El aporte de creencias si no ocluyen por ser dogmáticas, sirve a los mecanismos defensivos para hacer más soportable el dolor y la angustia. Esta es una función deseable de los adultos que rodean al niño, función que apunta a un sostén en el tiempo, que permita conocer la realidad “dosificadamente”, creando un campo de ilusión.

En otra punta está la postura del padre de Ponette que al conocer lo que la tía Claire le dijo, lo descalifica crudamente diciéndole: “olvida eso de Dios y Jesús, vive conmigo en el mundo de los vivos. Mentirte no hará que tu dolor acabe”.

Tal vez se trate de un sutil equilibrio entre la ilusión creada en el niño y la realidad que se intenta darle a conocer. Precisamente para que esto último no implique un forzamiento que el niño no esté en condiciones de procesar.

Aquí se abre una polémica interesante frente al esclarecimiento de la muerte que se intente hacer a un niño y lo que ello implica en cuanto a ausencia definitiva.

El registro de las categorías presencia-ausencia y de sus cualidades transitorio-definitivo, son adquisiciones que se irán logrando a lo largo de la estructuración del psiquismo (Pelento, Cena, 1995).

Cuando Freud (1920) estudia el juego infantil y describe en un niño de un año y medio el juego del carretel, nos muestra cómo la repetición de la primera parte del juego, en la que el niño arroja fuera el objeto, tiene que ver con hacer activo lo que en la vivencia es pasivo. Hay un primer momento relacionado a la desaparición, y un segundo momento en que el niño hace aparecer el carretel con producción de placer. Tenemos entonces la ausencia producida activamente seguida de la presencia. Este interjuego ausencia-presencia es propio de la paradoja representada por el espacio y el objeto transicional. Ponette tiene el suyo, su Yoyote, del que no se separa y es, pienso, quien la acompañará en

su insistente indagación sobre lo definitivo o transitorio de la ausencia de la madre. El niño cuando “no ve” al objeto cree que desapareció, como describe Freud (1926), la voz en la oscuridad le hace “recobrar” el objeto. En la pérdida por muerte deberá aprehender la noción de lo definitivo, con la ausencia del objeto de amor.

Es interesante ver en la película cómo los niños juegan a morir y resucitar por obra de una palabra mágica (*Ta-li-ta-kum*), que luego Ponette reproduce a solas en una montaña, como modo de “resucitar” a su madre. Palabra mágica que renueva la ilusión, pero al no haber respuesta ni reaparición, sobreviene el dolor, expresado en el llanto y la congoja. Eso deseado no se realiza, la madre no revive.

Cuando al comienzo se le pregunta si sabe qué quiere decir que la madre ha muerto, contesta: “está volando con su espejo mágico”.

Me parece interesante la idea del espejo para pensar la muerte de un otro significativo, como pérdida del armazón imaginario. Dice Nasio: (1987) “¿cuál es el sostén?, mi propia imagen devuelta por el otro vivo y amado”. Ponette se mira varias veces en el espejo y otras tantas sostiene que *vio* a su madre porque vino a visitarla, recupera imaginariamente su contacto con ella.

D. Winnicott (1962-63) planteó la importancia de ser visto y comprendido por alguien. “Me es devuelta (como la imagen de un rostro reflejado en el espejo) la evidencia necesaria para saber que he sido reconocido como ser”.

El afecto que juega un papel preponderante y que se pone en evidencia de distintos modos, es la angustia. Aparece interfiriendo el interés por el juego. Ponette no se pliega a los juegos. ¿Ha desinvertido la actividad lúdica porque ha sobreinvertido la representación del objeto, que busca reencontrar? También la angustia se muestra en su desinterés por la comida y en sus dificultades para dormir.³

Esta niña pregunta y pregunta como parte de su indagación que la llevará al trabajo del duelo, trabajo que tendrá lugar intrapsíquicamente, pero con un indispensable sostén en los vínculos familiares significativos.

³ (Síntomas éstos tan conocidos por los Pediatras y Psicoanalistas en la Clínica con Niños).

En su búsqueda llegará al cementerio, y allí en la sepultura de su madre, remueve la tierra. Aparece su imagen, la mira, se encuentran. Dialogan de recuerdos que aparecen, se pueden atrapar pero también se escapan. Memoria y olvido, otro par de opuestos que interjuega en la elaboración de un duelo.

Es sin duda esta última escena, la imagen de la madre, y sus palabras: “Sé feliz, no olvides que te amo”, “tienes que preocuparte por la vida”. Ponette le propone esconderse juntas y le dice a la madre: “Si te quedas se pueden olvidar de tí”. La madre responde: “Ve, que tu padre te espera y seré feliz de saber que estás bien con él”. “No olvides que te amo”. Ponette llora y se va (abrigada por un pullover que le dio su madre). Luego, se encuentra con el padre quien va en su búsqueda. Relata al padre esta última escena con la madre, él la escucha sin desmentirla, le sostiene la ilusión y es ahí que Ponette puede decirle al padre mientras se va con él: “Me dijo que *no va a venir nunca más* y que sea feliz”.

Estas últimas escenas permiten varias interpretaciones.

Por una parte la capacidad de la niña de recrear en su imaginación ese encuentro deseado, al sobreinvertir la representación del objeto perdido y es ahí donde comienza a esbozarse la separación del mismo, que remite a la posibilidad de simbolizar e historizar.

Por otra parte, si tomamos la última frase de la madre: “ve con tu padre...”, puede ser este mandato tomado como modelo de “la entrega o el pasaje” que la madre propicia en su niña hacia el padre, en la trama edípica.

Otra disquisición que se me ocurre es que todo ello tiene lugar frente a la sepultura de la madre en el cementerio. Sabemos de la importancia del rito de “dar sepultura a los muertos” y su papel en la elaboración de los duelos y la función del lugar asignado para el reencuentro con los recuerdos, en el ritual de la visita (Pelento, M. y Braun, J., 1991).

Otro punto que desarrollaré más adelante es el de que este “encuentro” con la madre, remite a lo que Freud describiera para la amencia. Como plantea R. Avenburg (1975), es un delirio alucinatorio “que puede presentarse como un bello sueño diurno”. “Para que un duelo sea elaborado es necesario un ritual, el tiempo de volver a la representación del objeto, sobreinvertirla y separarse de ella”.

Esto es en mi interpretación, lo que muestra el final de esta

película. Ponette puede separarse cuando siente que recuperó a su madre (¿en su ensoñación? o ¿delirio?) y ella le reaseguró su amor.

UNA LECTURA: ANGUSTIA, DOLOR Y DUELO ... EN LA NIÑEZ

Freud (1926) comienza el apéndice C de “Inhibición, Síntoma y Angustia”, pidiendo la “mayor indulgencia” por las puntualizaciones que intentará hacer en este tópico. Tanto mayor será la indulgencia que pido yo, al acercarme a un tema oscuro como el duelo en la niñez en general y en la niñez temprana (en el *infans*) en especial.

Freud plantea el problema de cómo saber cuando sobreviene angustia, siendo ésta una reacción frente a la pérdida, y cuándo el duelo, que también lo es. La primera está vinculada al peligro que la pérdida entraña. La angustia del niño pequeño (“el lactante”, dice Freud) se acompaña también de manifestaciones dolientes.

Ahora bien, esta angustia se desarrolla al percibir el niño la ausencia de la madre (o adulto significativo para él), o bien cuando alguien extraño la sustituye. Por ello Freud plantea “que la primera condición de angustia que el yo introduce es, ... la pérdida de la percepción, que se equipara a la pérdida del objeto”.

A la angustia desarrollada, se le suma la añoranza, y este autor compara “la intensiva investidura de añoranza” por el objeto perdido con un lugar herido del cuerpo en el dolor corporal. En este caso ese lugar tendrá una fuerte investidura narcisista que para transformar el dolor en psíquico, mudará en investidura de objeto e investirá sus representaciones.

La añoranza provee de estímulos al dolor psíquico como los estímulos físicos al dolor corporal. Por otra parte sabemos que la necesidad “aporta investidura” a las representaciones de objeto. Y es aquí donde pienso la dificultad del niño en soportar el dolor psíquico. Su necesidad del otro significativo, *del que depende*, hará que el dolor para su psiquismo inmaduro, pueda tornarse intolerable ante una pérdida.

Si el dolor es un paso intermedio entre la angustia y el duelo (J-B. Pontalis, 1978), el dolor en el niño, a su vez, está más cercano en su expresión al dolor corporal. Cuanto más pequeño el niño, más tendrán lugar estas expresiones corporales. Sin

descontar que tanto la angustia como el dolor puedan llevar al niño a una situación traumática, situación vinculada con la imposibilidad de otorgar significado a lo acontecido (E. Bianchedi y col., 1988).

La angustia, así *como* vimos al analizar la película *Ponette*, puede sustraer al niño de su interés por el alimento, por la actividad lúdica, e interferir en el dormir, el dolor hará su anclaje, las más de las veces en el cuerpo. Es el cuerpo el que llora el dolor psíquico, "... lo propio del dolor es confundir las fronteras" (J-B. Pontalis, 1978).

Hay por ello un peculiar modo de conducirse de la angustia y el dolor en el niño.

Debemos pensar también cómo juega el displacer y el desvalimiento en un psiquismo en constitución. El displacer está vinculado a las "elevadas proporciones de investidura y ligazón que se consuman en estos procesos" (S. Freud, 1926).

Pienso por otra parte, que al niño le es más difícil el abandono de las investiduras narcisistas ya que el mudarlas a investiduras (o sobreinvestaduras) de la representación objetal (dolor psíquico), implica un desasimiento de la ligazón con el objeto. Ello promueve un ineludible estado psíquico de desamparo, que no siempre el niño puede tolerar.

Pontalis (1975), cuando aborda el tema del "dolor (psíquico)" destaca que el "dolor" ha sido tratado por Freud fundamentalmente en dos extremos de su obra, en el "Proyecto..." (1895) y en "Inhibición..." (1926), de todos modos señala el hecho de que aparece en distintos momentos "sacudiendo todo el edificio teórico". Por otra parte llama la atención sobre el hecho de que las puntualizaciones que Freud encara en "Inhibición...", fueran hechas en un apéndice. Darían cuenta de que choca con el problema del dolor, y su dificultad de integrarlo a su teoría. Mi intento de acercar estas ideas a la problemática del niño, es para resaltar la propuesta por este autor de que el "dolor es choque", y que se plantearían una pareja de oposiciones, donde por un lado estaría el placer-displacer y por otro el dolor.

Esto me resulta particularmente interesante, ya que pienso que el niño se dirime entre estos términos, más que entre placer-displacer y realidad. Es precisamente con esta última con la que tiene dificultades en su examen, tal como lo exige el trabajo de duelo.

Por ello es trasladable al entendimiento del duelo del niño, la idea de que un exceso de excitación traba la tarea de enlace, aun en el proceso primario, y tal como este autor lo plantea, “el demasiado lleno crea un vacío”. Pienso que ésta es una de las situaciones fundamentales que se le plantean al psiquismo infantil, este vacío, esta dificultad de enlaces que le promueven la angustia y el dolor en su proceso de duelo. Cuanto más pequeño el niño más evidente, pensando en la bipolaridad que plantea Freud entre experiencia de satisfacción y experiencia de dolor, ya que el niño está más necesitado de las primeras y más inerme para las otras. Por ello cuando surgen las experiencias de dolor surgen las dificultades para procesarlas. En consecuencia, “resulta fácil comprender el carácter doloroso de la prueba, por excelencia, de la pérdida de objeto, como es el duelo”.

Pienso que esta dificultad que tiene el niño de hacer el examen (y prueba) de realidad, que requiere el proceso de duelo, lleva a dicho proceso a una suerte de “stand-by”, para ser procesado en distintos momentos posteriores de su vida y de los avatares de su estructuración psíquica.

Asimismo, postulo que cuando el niño es muy pequeño, pérdidas significativas operan al modo de una situación traumática, generando en oportunidades efectos como los que M. Torok y N. Abraham (1968-74) conceptualizaron como “la cripta”, o sea algo que queda por fuera de la posibilidad de ser simbolizado y/o semantizado.

En este sentido, deseo poner el acento en que el niño tiene la dificultad de realizar el examen de realidad que el duelo por definición requiere.

Por ello encontramos en la clínica, el retraimiento que lleva al niño a aislarse de la realidad y tantas veces es confundido con un repliegue autista. O bien en un sentido contrario, me atrevo a plantear la posibilidad de que un niño “alucine” el objeto perdido, al modo que está descrito para la amnesia (R. Avenburg, 1975). Se trata de llevar a la conciencia deseos fuertemente investidos y ocultos, dándoles total crédito y generando una creencia en la realidad de lo percibido. Esto fue tratado más arriba en el análisis de “la escena del cementerio” de la película *Ponette*.

Dicha creencia, de ser sostenida por el entorno del niño en forma transitoria, le permitirá dejarse penetrar progresivamente

por los datos de la realidad, hasta que la prueba le sea posible. De lo contrario, una confrontación disuasiva y cruda, llevará a una especie de creencia intelectual forzada, como más adelante intentaré ejemplificar con una viñeta clínica.

VINCULOS FAMILIARES, LUGAR DEL NIÑO, DUELO

Más arriba expresé mi convencimiento de que el duelo en la niñez, queda en una suerte de “stand by”, que dará *el tiempo* para transitar hacia la elaboración y la simbolización en tanto la estructuración del sujeto infantil va teniendo lugar. Dicho logro podrá darse entonces, en momentos posteriores de la vida. ¿En qué espacio tiene posibilidades de instalarse ese “tiempo de espera”? Desde luego será fundamentalmente en el escenario de los procesos mentales intrapsíquicos.

Al comienzo de este trabajo, aludí a los desarrollos y ampliaciones que implicaron al Psicoanálisis su aplicación al conocimiento del psiquismo infantil. Ahora deseo agregar el aporte a nuestro conocimiento psicoanalítico de las teorías acerca de las configuraciones vinculares.

Pienso entonces que ese tiempo de espera tiene una posibilidad de realización en la trama vincular familiar. Es en ella que se podrán sostener, como dije antes, el que las defensas se organicen, pero también que el examen de realidad, sello ineludible del duelo, tenga lugar. Pensamos esta trama vincular familiar como un ordenamiento de lugares –que tienen determinado nombre– y entre los cuales se establecen vínculos, también con nominaciones y funciones específicas, aportadas por las leyes del parentesco.

O sea, el niño tendrá una posición-hijo, y es esta posición la que podrá cambiarse, invertirse o sufrir distorsiones en los avatares del duelo en la familia. Por ejemplo, como señalé más arriba (en el análisis de la película *Ponette*), un padre o una madre afectados (desde su lugar en la estructura familiar) podrán requerir y buscar “consuelo” en el hijo. Siendo en este caso la función del niño desplazada a otro lugar en la estructura, y a veces al del ausente. En la trama familiar “se filtran los hilos de la cultura”, y la nuestra de hoy nos presiona con una temporalidad acelerada, que pulsa hacia resoluciones rápidas y adaptaciones eficientes.

Estas distan de la idea del trabajo del duelo, en la que el tiempo y el sostén afectivo tienen un papel fundamental. Una pérdida significativa en la vida del niño es un hecho⁴ con efectos. Marca un antes y un después, la pérdida remite a un desequilibrio narcisista que requerirá su metabolización en los vínculos.

Las teorías que nos aportan conocimientos acerca de la representación de éstos en el psiquismo, postulan espacios en que la inter y la transubjetividad están registradas (J. Puget, I. Berenstein). Estas últimas si las pensamos en la complejidad intergeneracional, podrán darnos algún esclarecimiento sobre duelos que tienen efecto en un niño, siendo que la pérdida fue en generaciones anteriores, aun de un objeto no conocido por él.

Toby es un niño de 5 años que me es remitido por la pediatra, preocupada por la obesidad del niño y porque le llama la atención su lenguaje racional e impostado. También su modo de conducirse es llamativo, pareciendo por momentos un adulto en pequeño.

Cuando conocí su historia, apareció en mí la interrogación acerca de las cualidades o de cómo se configura un duelo en una situación semejante. Su padre murió cuando su madre estaba embarazada de él.

Aquí el interrogante, Toby no conoció a su padre, entonces ¿lo perdió?, ¿si no lo tuvo es pérdida o un lugar vacío, con el que Toby se vincula?

Cuando llega a su primera hora de juego, no va a la mesa en la que están dispuestos los juguetes, sino se sienta en un sillón frente a mí y me dice: “Primero de todo, mi papá se murió. Segundo de todo, eso me quedó en el cerebro. Y tercero de todo, cada vez que hablan de eso me pongo triste”.

Cuando yo entrevisté a la mamá, antes de conocer a Toby, una frase de su relato me llamó la atención: “Yo le fui diciendo *todo* lo que pude, desde que pude, le dije *todo*”. (El destacado es mío). ¿Qué significa que pudo? y ¿qué es todo? ¿Se puede decir *todo*?

Tal vez la fantasía de la madre es que al decirle todo o por lo menos mucho, evitaba el dolor de Toby por su carencia de padre.

⁴ No se me escapa que tal vez el término más adecuado sea el de “acontecimiento”, tal como es usado en la filosofía de Badiou. Como un evento sin sentido y que no es repetición de otro de la historia del sujeto, de la familia o de una sociedad.

Pontalis (1978) dice que la angustia se expresa diciendo: *estoy* angustiado, y el dolor diciendo: *soy* dolor. Toby se presenta siendo un nene cuyo papá murió y tiene “una marca” en el cerebro. ¿Será éste su modo de *ser* su dolor?

La madre tenía poca disposición a venir y a traer a Toby, lo hizo por indicación de la pediatra; pensé entonces que tal vez fuera indicado un abordaje vincular.

Yo ya sabía por la entrevista con la madre y por la hora de juego con Toby, que un juego que él realizaba repetidamente, era el de atar con piolín, haciendo una suerte de maraña, atando picaportes, manijitas de placares, etc. En la hora de juego dijo: *“En eso de dibujar soy el mejor, y en eso de atar hilos soy bárbaro”*. Tal lo hizo cuando en la hora vincular vinieron Toby y su mamá. *Ató el piolín de tal modo, cruzando en “largo y ancho” la sala de juegos, que él y su mamá quedaron atrapados.*

Yo quedé por fuera de esa maraña. Toby estaba excitado y por momentos la madre ansiosa. (Era la primera vez que ella se veía “atrapada” con él. Lo frecuente en su casa es que él juegue de igual modo, pero sin que ella quede incluida en la maraña). Es precisamente un modo con el que él se entretiene dejando trabajar a su madre que es escritora. Yo quedaba por fuera totalmente de ese “tejido”. Toby dijo varias veces en medio de su excitación “estoy loco” y “no menciones que tengo hermanitos porque no los tengo”.

En una serie de entrevistas vinculares, trabajé con ellos el significado de trampa que tenía esa maraña que los atrapaba, dejando fuera a lo extraño, lo nuevo que representaba yo-analista, en esa situación. Lo nuevo, lo des-conocido, queda fuera y lo que atrapa produce excitación y ansiedad, la locura que mencionaba Toby.

Después de un tiempo no jugaron más con los piolines y comenzaron otros juegos, en los que era difícil vislumbrar un vínculo madre-hijo, la madre lo ponía a la par. Tener hermanitos, no debe ser mencionado porque sería entonces un producto incestuoso y eso “enloquece”. Pienso que no sólo el piolín los enmarañaba, también las palabras, en un querer decirlo todo.

Si como fui desarrollando hasta aquí, para un niño “verificar” la ausencia es un proceso difícil, cuanto más una ausencia que no tuvo posibilidad de instalar un registro.

Evidentemente con este caso se abren más preguntas que las

respuestas que uno podría llegar a esbozar. En primer término, ¿de quién es el duelo? Se podría decir desde el lugar del niño, que para él es más un problema de filiación, que de duelo. Para que tenga lugar, tiene que haber habido vínculo anterior que en algún momento fuera perdido. Aquí no hubo ni hay objeto “perdido”, hay lugar del objeto ausente en la trama vincular. Tal como plantea I. Berenstein (1987), ese lugar se torna “vacío”, y diferencia vacío de vacante. Este último, implica una expectativa, una esperanza de “ser llenado por un yo”. Este autor plantea que el lugar vacante es a lo que se llega como elaboración del duelo.

Pienso que en el caso de Toby, la mamá tuvo dificultades con su propio duelo, fue sorpresiva la muerte de su esposo, y esto agrega a este duelo la cualidad de traumático. Pareciera que es Toby con su “adultización” prematura, quien sostiene en el vínculo buena parte de los efectos del duelo.

“Lugar vacío”, dice Berenstein, es el que está vaciado de significación, de diferenciación, de separatividad con los otros. Esto último me remite a la maraña en que quedan los dos, madre-hijo en un vínculo parejo y atrapante. Podríamos pensar que Toby está empujado a ese lugar y no le quedará otra que ser “el monstruito”, como lo calificara su pediatra, por la conjunción de su sorprendente lenguaje y su obesidad.

Si nos preguntamos si en Toby puede haber duelo o una situación traumática que lo esperó al nacer, o bien un problema de filiación, vinculándolo a un lugar vacío, agregaría unas frases de Winnicott: “Ha tenido lugar algo que no tiene lugar, ha tenido lugar algo que no tiene lugar psíquico” (*Del temor al derrumbe*, 1963). El lugar suele ser muchas veces el cuerpo.

REFLEXIONES FINALES

He comenzado este escrito aplicando ideas psicoanalíticas en un interjuego con un relato cinematográfico que nos cuenta del duelo de una niña de 4 años. Esta niña nos trae la evidencia de que el trabajo del duelo se pone en marcha con preguntas. Algunas, para desmentir y negar un cierto saber y otras, para arribar a un saber distinto, más verdadero cuando el examen de realidad sea posible. En el otro extremo del trabajo (sobre el final, en una viñeta clínica) tenemos a Toby, niño de 5 años que parece saberlo

“todo”, y como dijo él, “eso le quedó en el cerebro”.

¿Nos quiere decir, traducido a nuestro lenguaje, que eso que le pasó impactó en su estructura psíquica? Y... podemos pensar que sí.

Las preguntas, la indagación, la ilusión operarán al modo de un “espacio transicional”. Darán lugar a fantasías que en un ida y vuelta con la realidad, vayan logrando su aprehensión.

Ni una impronta realista, intelectual y forzada, ni un sostén prolongado de la negación, favorecen la elaboración del duelo.

Como vine desarrollando a lo largo de este trabajo, el dolor tantas veces se expresa a través del cuerpo, con cuadros clínicos y órganos comprometidos de lo más variados. O bien, actuaciones o accidentes que ponen en peligro al niño y que expresan fantasías inconscientes de suicidio. Sabemos también de la sustracción de investiduras de la actividad creativa, lúdica y/o intelectual, a continuación de una pérdida.

Por todo ello desearía destacar la importancia de la aplicación de estas ideas más allá de las fronteras del psicoanálisis como práctica. Me refiero específicamente, en este caso, al ámbito de la pediatría y la educación.

Son el pediatra y el maestro los primeros en tomar contacto con el niño “atravesado” por el sufrimiento de una pérdida.

Es el trabajo de transmisión de nuestros hallazgos, los que darán significados diferentes al padecer de un niño y operarán previniendo trastornos de mayor complejidad.

Propongo el uso de producciones cinematográficas como instrumento alrededor del cual psicoanalistas, pediatras y maestros puedan debatir temas de la complejidad del expuesto en este trabajo.

RESUMEN

Me propongo, en este trabajo, abordar el tema del duelo en la niñez. Analizo algunos aspectos del mismo en una producción cinematográfica, que trata este tema en una niña de 4 años. Enfatizo que el duelo en la niñez queda en una suerte de “stand by”, ya que para un niño el examen de realidad, marca ineludible del proceso del duelo, es difícil de llevar a cabo. Es la angustia el afecto predominante, y el pasaje por el

EL DUELO Y LA NIÑEZ

dolor psíquico y el duelo, irán siempre acompañados de procesos defensivos que darán *el tiempo* necesario a su elaboración. Incluyo una viñeta clínica que interroga acerca del lugar del niño y la ausencia, en la trama vincular.

SUMMARY

I intend, in this paper, to study the process of mourning in childhood. I analyse some aspects of it in a movie on a four years old girl whose mother dies.

I want to emphasize that mourning in childhood remains somewhat in a “stand by” status, due to the fact that it is very difficult to accomplish reality testing, an unavoidable trace of mourning process. I find anxiety as the prevailing affect and the passage through psychic pain and mourning will be done together with defensive mechanisms that will provide the *time*, needed for working through processes. A clinical example poses a question on a child's location in the family network as well as the concept of “absence” in this same network.

RESUME

Dans ce travail on se propose d'envisager le thème du deuil dans l'enfance. On y analyse certains aspects du phénomène dans un film qui traite ce sujet, dans le cas d'une fille de quatre ans. On souligne le fait que le deuil dans l'enfance reste dans une sorte de “stand by”, étant donné que pour l'enfant l'examen de la réalité, marque fondamentale du processus de deuil, est difficile de mener à bien. L'angoisse est le sentiment prévalent, et le passage par la douleur psychique et le deuil seront toujours accompagnés par des processus défensifs, qui apporteront le temps nécessaire pour son élaboration. On y inclue une vignette clinique qui s'interroge sur la place et l'absence de l'enfant dans les liens affectifs.

BIBLIOGRAFIA

- AVENBURG, R. (1975). *El aparato psíquico y la realidad*. Nueva Visión.
BARANGER, W. Y M. Y MOM, J. (1987). “El trauma psíquico infantil”. *Libro Anual de Psicoanálisis*. 1988.

- BERENSTEIN, I. (1987). La E.F.I. y la depresión. El lugar del ausente. Relato Oficial VII Congreso Latinoamericano de Psiquiatría Infantil.
- BERENSTEIN, I. Y PUGET, J. (1977). Lo vincular, clínica y técnica psicoanalítica. *La pareja matrimonial*. Paidós.
- BIANCHEDI, E., CORTIÑAS, L., PICOLLO, E., BOSCHÁN, L. DE (1988). Ubicación metapsicológica de la teoría de la angustia en la obra de Freud y M. Klein. *Libro Anual de Psicoanálisis*.
- GRIMBERG, R. Y EVELSON, E. (1962). "El niño frente a la muerte". *Revista de Psicoanálisis Argentina*. Vol. 19.
- FREUD, S. (1917). Duelo y Melancolía (14). O.C. Amorrortu Ed.
- (1912). Los dos principios del suceder psíquico. (12) O.C. Amorrortu Ed.
- (1920). Más allá del principio del placer. (18) O.C. Amorrortu Ed.
- (1926). Inhibición, síntoma y angustia. (20). O.C. Amorrortu Ed.
- KLEIN, M. (1929). Las ansiedades tempranas a la luz de la obra de arte y el impulso creador. *Contribuciones al Psicoanálisis*. Ed. Hormé.
- (1945). El duelo y la relación con los estados maníacos depresivos. *Contribuciones al Psicoanálisis*. Ed. Hormé.
- NASIO, J. D. (1987). El dolor del duelo. *Revista A.E.A.P.G.* N° 14.
- PELENTO, M., BRAM, J. (1991). *Violencia de Estado y Psicoanálisis*. Biblioteca Universitaria.
- PELENTO, M., CENA, M. (1995). "La construcción de categorías en el psiquismo infantil". Ponencia en la Jornada de Niñez y Adolescencia de la A.E.A.P.G.
- PONTALIS, J. (1978) *Entre el sueño y el dolor*. Ed. Sudamericana.
- SCALOZUB DE BOSCHAN, LIDIA T. (1996). ¿Cómo pensar las depresiones en la Infancia? N/A N° 9. *Rev. de Psicoanálisis con Niños y Adolescentes*.
- TOROK, M. Y ABRAHAM, N. (1968-74). Citado en *Zona Erógena* por J. J. Barannes (1996).
- WINNICOTT, D. (1951). Objetos y fenómenos transicionales. En *Realidad y Juego* (Cap. 1). Ed. Gedisa.
- (1954-55). La posición depresiva en el desarrollo emocional normal. En *Escritos...* Ed. LAIA.
- (1962-63). La integración del ego en el desarrollo del niño. En *El proceso de Maduración...* Ed. LAIA.

EL DUELO Y LA NIÑEZ

Descriptores: Angustia. Duelo. Niñez. Psicoanálisis de ni-
ñez.

Lidia T. Scalozub
Malabia 2330, PB "3"
1425 Buenos Aires
Argentina